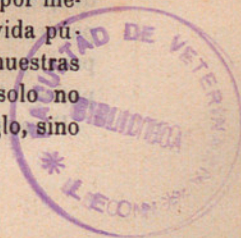


GUÍA
DEL VETERINARIO PRÁCTICO

Base de la regeneración de la Veterinaria en España.

En varias ocasiones ha hablado la prensa Veterinaria sobre la conveniencia de ponerse de común acuerdo todos los profesores veterinarios españoles, para poder llegar á que la clase sea atendida y los profesores que la ejercen considerados como se merecen, y sin embargo, debido sin duda á la división y el ódio implacable que existe entre los órganos más importantes de la clase, ó los que los dirigen, y debido también quizás á envidias y migajas más ó menos, nunca llega la feliz hora del tan deseado acuerdo.

No somos de los que tienen por hábito ni es nuestro ánimo al trazar estas líneas zaherir persona ni suceptibilidad alguna; respetamos las ideas de todos los hombres puesto que cada uno abriga y toma como bueno el criterio que mejor le parece; pero no nos es posible conformarnos con los que anteponen los intereses ó conveniencia propia, las enemistades ó rencores personales á las profesionales y á las urgentísimas necesidades de la clase que agoniza. Esta escisión y mal querencia dentro de un cuerpo profesional, sacando á los balcones todos los paños sucios que encuentran por medio de la perspicaz y diligente policía secreta en la vida pública ó privada de su enemigo, es causa directa de nuestras desgracias, de la falta de consideración y de que no solo no consigamos nada provechoso hace cerca de medio siglo, sino



1890 — 226 —

de que nos vayan quitando lo que nos habían legado nuestros antepasados. En efecto, si alguna disposición se ha dictado en lo referente á la carrera veterinaria, ha sido para usurpar alguna de las más importantes ramas que la pertenecía, como ha sucedido con los ingenieros agrónomos respecto á la zootecnia, con los Médicos en lo que respecta á la inspección de carnes y grasas procedente de los Estados Unidos y lo mismo en lo referente al reconocimiento de carnes, leches etc. en los laboratorios municipales. No ha mucho recibimos un prospecto suplicando firma para elevar una instancia al Ministro en la que se pedía la supresión de los títulos de herradores y castradores; este mismo acuerdo fué tomado en una reunión de Veterinarios de Madrid, acuerdo que circuló por medio de un suplemento por toda España, sin que se hiciera más caso de ello, y con la misma pretensión fuimos comisionados por un grupo numeroso de estudiantes el año 1878 en compañía de D. Ruperto Ajenjo, donde el Sr. Delegado Regio de la Escuela Veterinaria de Madrid, el cual cargo hacía poco lo había tomado. La entrevista no tuvo ninguna consecuencia, quedando las cosas tal como estaban. Lo que hace falta, pues, no son discursos y promesas que el mismo que los hace lo que menos cree es ver realizadas, sino más hechos. Pues si alguien se ha pronunciado ó escrito en aquél sentido, es muy probable que tenga más por objeto alagar á los desgraciados obreros de las campiñas, verdaderos mártires de la profesión, que un acendrado amor y entusiasmo por salvar á sus hermanos de clase; con aquél discurso, con aquél escrito ó acuerdo unánime de una respetable colectividad, sin hacer más diligencias ni gestiones para realizar lo que se promete, pasando como el dedo de miel por los ojos de varios miles de profesores, no se arregla el conflicto, no se hace más que pasar el tiempo en bagatelas, y mientras tanto el Veterinario rural, viendo que todos sus trabajos y afanes no bastan para poder compartir entre su esposa y la numerosa prole un duro pedazo de pan, agoniza entre la miseria y el hambre desesperado de ver padecer tan cruel tormento á su mitad y tiernos hijos.

Para conseguir la indicada supresión de herradores de ga-

nado vacuno y castradores y aliviar los cuantiosos males que sobre la clase pesan como la cruz del redentor, sólo hace falta, en nuestro parecer, un poco más de buena voluntad en los profesores de las escuelas veterinarias y en la prensa veterinaria. Con estos dos elementos, hoy tan en desacuerdo, creemos que se podían realizar grandes reformas que habían de elevar la clase á la envidiable altura que hoy ocupa en las naciones extranjeras; por que el profesorado establecido ve, palpa y sufre más de cerca el amargo fruto de las disidencias que reinan entre la clase en la actualidad, y no sólo no se había de oponer á tales reformas sino que acogería el pensamiento con unánime aprobación y aplauso.

Para conseguir el fin señalado, repetimos, no es de creer que sea el camino más corto elevar solicitudes, áun cuando vayan firmadas por corporaciones ó colectividades más ó menos respetables, por aquello de que no casan sin padrinos; y como nosotros carecemos de ellos en los grandes centros, hacen caso omiso de nuestros papeles y pretensiones, mientras que otras clases, más en armonía y de acuerdo con sus intereses, son atendidas y protegidas, á costa nuestra muchas veces, por el mero hecho de poseer en las altas esferas del estado hombres que velen por su bienestar moral y material. Este, y no otro es, pues, el punto á donde deben converger las fuerzas unidas de la clase.

Una vez de acuerdo la prensa veterinaria, elemento temible en la forma que hoy se encuentra, siquiera sea sólo por un momento, para defender tan meritoria causa que afecta á toda la clase en general ¿tan difícil sería nombrar un diputado, ó dos, por acumulación?

No es de suponer que haya un sólo profesor que no pueda disponer de dos votos; por que aparte de los parientes ó amigos de más ó menos intimidad, siempre hay en los pueblos, y lo mismo en poblaciones, algunos electores que por evitar compromisos de bandos ó partidos permanecen neutrales, y estos sin perjudicar á partido alguno pueden votar para un veterinario candidato por acumulación.

Apoyada la idea por la prensa, y nombrando de común acuerdo, á propuesta de los hombres más caracterizados de la

clase, un candidato inteligente, activo y enérgico, sin mirar que pertenezca á la fracción á ó b., que por desgracia existen dentro de la clase, aunque mejor fuera una persona neutral ó que no haya intervenido en disidencias, no creemos tan descabellado asegurar que podíamos sacar, no un diputado sino aún dos, en las próximas elecciones.

Suplicamos, pues, á los muy ilustrados Directores de la prensa veterinaria, se sirvan abrir una discusión en este sentido en sus respectivos periódicos con objeto de poder llegar á un acuerdo y prepararnos para cuando llegue el momento crítico; por que todo lo que no sea por este camino, mientras la clase carezca de un representante especial en las Cámaras es andar á ciegas, y en prueba de cuanto decimos, en el número próximo publicaremos un documento que yace en el Ministerio de la Gobernación durmiendo el sueño de los Justos.

I. GUERRICABEITIA

Más sobre una Nefritis.

Estamos en plena discusión. En este campo noble y leal, no hay vencedores ni vencidos. Cada cual, como obrero de la ciencia se ve obligado á trabajar con el laudable propósito de asentar sobre sólidas bases, las leyes que rigen á la organización que perdió su equilibrio normal por causas intrínsecas ó extrínsecas.

De estas nobles luchas hay que descartar ese mal entendido amor propio que sería contraproducente para los fines que persiguen. Esclarezcáme los hechos, y que esa gran palanca del progreso, la prensa, al establecer el mútuo comercio de ideas del uno al otro confin de nuestro planeta, produzca algún beneficio, que siempre redundará en nuestro provecho, puesto que todo se halla bajo el dominio absoluto del hombre.

Dicho lo que precede, entremos en materia. Pero ante todo hay que poner en claro, un punto, que es la base de esta disensión.

El caso teórico-práctico que el Sr. Gutiérrez de la Fuente, insertó en el núm. 6 de esta *Revista*, llevaba por epígrafe nefritis.

Pero si mi digno compañero hubiera padecido de una distracción involuntaria y se le hubiera quedado en el tintero el epígrafe, y si hubiera dejado de hacer mención de tal palabra en el transcurso de su historia, cualesquiera que hubiera leído en la página 86 desde la línea 4.^a á la 26, al hacer la exposición de los síntomas, no hubiera tenido que dudar de qué enfermedad se trataba. Aquel animal era presa de una nefritis.

Ahora bien: la palabra nefritis (del griego *nephros*, riñón y la terminación *itis*, inflamación) según la nomenclatura patológica quiere significar inflamación de los riñones.

Y si esto es cierto, porque así lo comprueban de consuno la ciencia y la experiencia, ¿cómo el señor G. de la Fuente abriga la combición de que aún no existiera la inflamación en los riñones, siendo así que empieza por reconocerla al hacer el diagnóstico?

Aquí hay una contradicción palmaria que mi digno compañero debe reconocer.

De la congestión á la inflamación no hay más que un paso. Ambas pertenecen á la alteración de la circulación local, y la primera es siempre el fatal comienzo de la segunda.

Lo que se echa de ver desde luego en los dos artículos del señor Gutiérrez, es que confunde lastimosamente dos enfermedades de la naturaleza contraria, y así se explica que use indistintamente nombres que significan dos enfermedades diferentes.

La *litiasis*, amigo mío, según su etimología griega (de *lithos*, piedra) es una de tantas afecciones que padecen los animales por la formación de cálculos en el interior del organismo.

Por eso *litiasis* y *nefritis* no son sinónimos, y pueden llegar á no tener siquiera el más insignificante parentesco áun

cuando la primera pueda dar origen en ciertos casos á la segunda.

De aquí que en mi primer artículo digera plenamente convencido de ello, que la patología general es la base obligada de la medicina. Por ella sabemos los fenómenos que se operan en lo más recóndito de la trama orgánica y que se traducen por perturbaciones en la normalidad de las funciones.

Con absoluto dominio de esta importantísima rama de la medicina, se camina con paso firme por el áspero sendero de la ciencia de curar.

Pero sigamos al señor Gutiérrez de la Fuente, en sus apreciaciones y veamos hasta qué punto pueden ser ciertas.

Antes de nada he de hacer una declaración franca que creo me será dispensada por mi digno compañero.

He leído una y muchas veces algunos párrafos de su artículo, y cada vez veo menos relación en sus consecuencias. Me explicaré.

Dice mi ilustrado compañero: «¿Qué efectos pudo poner en arte la sangría para que la Litiasis terminara tan felizmente? En hacer el torrente circulatorio más acuoso, el ponerse en mejores condiciones para poder licuar (?) las arenillas que hubiese en el crisol de la economía, con más facilidad. Puede creerse esto, y en ello estoy; más, ¿qué sería de una máquina movida al vapor ó que en vez de movida de esta manera fuera impulsada por el agua? Que si en aquella fal-tara ó en esta no llegara no podría funcionar; esto pues sucedía en aquel; falto el individuo de los materiales necesarios á su nutrición no había actos de asimilación, ni desasimilación, ni material alguno que pudiera llegar al sitio donde radicaba la atención. ¿Qué habíamos de hacer? suministrarle agua; con esto acaso fuera suficiente; pero quise además propinarle en este vehículo el ioduro potásico por lo que me habían explicado y leído en la ciencia durante mi corta práctica.»

¿Le dá V. cumplida explicación del alcance de lo trascrito, señor Gutiérrez? Lo creo que no. Veamos la manera de probarlo.

Por lo pronto, yo niego en absoluto, apoyado en autorida-

des eminentes, que la sangría ponga en condiciones á la sangre para licuar las arenillas que forman los cálculos.

Suponiendo que lo que V. tratara fuera una nefritis calculosa, la sangría no pudo obrar sobre éstos y sí sobre lesión que ellos produjeran.

(Se continuará.)

JOAQUÍN CASTELLANOS GARCÍA.

El Bonillo 13 de Mayo de 1890.

Patología y Terapéutica.

ALGO SOBRE LAS CONTUSIONES DE LA CRUZ, DORSO Y LOMOS.

Contestando á un artículo escrito por D. Manuel Alcolea, redactor de *La Veterinaria Contemporánea*, publicado en el número 8 de aquella Revista, en el cual trata de rebatir algunos conceptos míos, que vieron la luz en el núm. 13 de esta revista y con el mismo epígrafe que el presente, voy á permitirme molestar por un momento á los ilustrados lectores de la *Guía* suplicándoles se sirvan acoger con su habitual benevolencia.

Aún no siendo cierto los elogios que el Sr. Alcolea me tributa, no por eso he de agradecerse los menos; y de que no son ciertos, se convencerá al ver la pobreza de mi ingenio al contrastarle; pobreza que ha de contrastar necesariamente con las brillantes dotes que ha dicho señor adornan y que yo desde luego admiro; sintiendo en el alma no conocerlo personalmente, siquiera esto no sea óbice para ofrecerle una amistad que sinó valiosa por lo menos es verdadera y en este caso digna de que por él sea aceptada.

Más si la lucha es desigual teniendo en mi apoyo esa práctica (aún cuando en mí todavía corta) que tanto invoca el Sr. Alcolea, tengo la pretensión de llevar á su ánimo el con-

vencimiento, y si así no es, más será debido á mi nulidad, que á la bondad de la causa.

Que los procesos que encabezan estas líneas, son de una extremada importancia y objeto de cuidado por parte del Veterinario, digolo yo en el artículo de referencia; más según el Sr. Alcolea, lo serian de desesperación, y casi casi se deja entrever en su escrito, la palabra imposible; afirmación que ha de haber asustado á no poco número de profesores.

Nuestros antiguos albêitares (única autoridad en que se apoya el Sr. Alcolea) podían ser tan ilustrados, sinó más, que los modernos Veterinarios, y sin embargo, ignoraban muchas cosas que á nosotros nos ha dado á conocer el método experimental, hoy con justicia tan en boga, del mismo modo, que nosotros desconocemos muchísimas otras, que podrán ser algún día hasta del dominio del vulgo. Razón por la cual, no teniendo ideas tan precisas de lo que es la inflamación, y el cómo se verifican la supuración y cicatrización y más todavía, de las circunstancias que influyen en su marcha, podían calificar de gravísimos, procesos, que después de mejor estudiados, han podido reputarse de leves.

Pues qué ¿el Sr. Alcolea no conoce mejor que yo los grandes adelantos obtenidos en el tratamiento de toda solución de continuidad, merced á los trabajos de Guerrin y Lister, continuados más tarde por esa gran serie de sabios en la que nosotros los Veterinarios podemos estar orgullosos al leer los nombres de Bouley, Nocard, Morite, Hutrya, Cadiot, Barrier, Chauveau, Arloing, Cornevin y tantos otros? ¿Y los tratamientos propuestos por esos grandes hombres, para obtener una pronta cicatrización, habían de ser inútiles, en los procesos de que nos venimos ocupando? ¿Es que acaso estos difieren de los demás de su clase?

No, Sr. Alcolea; la gravedad de las contusiones de la cruz, dorso y lomos, ya no existen desde que nos es dado echar mano de la Asepsia y Antiseptia y ojala pudiera ser esta completa y no encontráramos á cada paso obstáculos que la hacen deficiente, cual V. apellida á la por mi practicada. Pero ¿le parece es posible seguir al pie de la letra el método de Lister, en algún burro que acaso acaso no balga tanto

como la iguala que se nos ha pagado por su asistencia?

No obstante, deficiente y todo el tratamiento que V. tanto critica, ha triunfado cuales eran mis deseos, en los no pocos casos que me he visto obligado á tratar. Por que aun cuando lo dude el tantas veces citado Sr. Alcolea, debo advertirle, que tanto en mi primer partido. como en el actual, estos procesos se encuentran á la orden del dia y los hay para todos los gustos, debido, á que la posición accidentada del terreno, no permite usar para el transporte de los productos agricolas sinó animales de carga y con aperos que nada tienen de higié- nicos, efecto parte á la penuria de estos habitantes, y parte también, al estado económico que en muchos no suele ser muy alagüeño.

Asi es que si los clientes que tuve en mi primer partido (Fuentelviejo), como los de esta, le oyesen decir que las contusiones ó mataduras por mi tratadas, estaban de Dios que se curasen, le contestarian, ó que no le creían, ó que de lo contrario Dios se encontraba de mi parte, y quien sabe si andando el tiempo y siguiendo viendo este favor que á mi Dios me dispensa, llegaran á pedir mi canonización.

Estoy conforme con V. en que en muchas complica- ciones que se presentan, es menester hechar mano de la cirugía y valerse de otros medios más enérgicos y al efecto cito en mi artículo el iodoformo como un precioso agente antiseptico, capaz de combatir esas ulceras rebeldes ó caries de las vertebras que tanto le preocupan, sin contar con otros mil medios que quedan á discreción del profesor y constele que estas complicaciones más suelen venir por descuido, pero que si se cogen á tiempo estos procesos, se les ve seguir una marcha regular, por más que V. con su seriedad y todos los Albéitares habidos y por haber con esa hilaridad que V. les presta para reirse de los Veterinarios modernos, aseguren lo contrario.

Veo que le ha chocado mucho la adición á las soluciones de fenol y de sublimodo (preferible esta última) de dos gramos de ácido tártrico ó clorhídrico. Amén de que esa cantidad se supone ha de ser, por la lectura del párrafo que transcribe

para cada cien gramos de solución fenicada ó mil de la sublimatada le diré el porqué de su empleo.

Conocedor de las ideas de Laplace, el cual afirma que si se añade á una solución de sublimado al milésimo un gramo de ácido clorhídrico, ó á otra de ácido fénico al dos por ciento se aumentan considerablemente las propiedades antisépticas de la mezcla; me decidí á asociar los ácidos pudiendo comprobar prácticamente las afirmaciones del célebre médico francés.

Respecto á si convienen más las soluciones acuosas que las alcohólicas, si hemos de creer á Dujardin Beaumete, nos asegura, que Weber ha demostrado que el alcohol disminuye el poder antiséptico del ácido fénico, por lo que proscribire las soluciones alcohólicas.

Por último, respeto su opinión acerca de la época mas conveniente de abrir los abscesos, y no me extraña esta diversidad de pareceres, cuando hombres muy eminentes no se muestran muy acordes sobre este punto; no obstante sigo creyendo que el absceso no debe abrirse mientras no se encuentre en perfecta madurez; opinión, que si no estubiese autorizada por eminentes patólogos, me la hubiese hecho creer la práctica.

Dispénsenme mis queridos lectores de la GUÍA DEL VETERINARIO PRÁCTICO, y dispénsenme también el Sr. Alcolea, si no me extendo en más consideraciones por temor de ser cansado; despidiéndose de todos su af.^{mo} compañero.

ANTONIO L. Y LOPEZ.

Fuentelencina 6 de Junio de 1890.

Agrión flegmonoso

CON DISTENSIÓN DE LA CUERDA TENDINOSA

CURADO POR EL

Liporretinolado ó Untura Castellanos.

Se trata de una vaca de raza asturiana, muy corpulenta, que sin causa conocida se la observó una mañana del mes de Marzo último sin poder apoyar la extremidad abdominal derecha en el suelo.

Avisado por el dueño, á eso de las diez de la mañana, para que la viera, imposible me fué complacerle hasta las tres de la tarde, apesar de ser corto el camino á recorrer desde mi casa. Una vez en el caserío mostróseme el animal de que se trata; éste se encontraba de pies, teniendo la citada extremidad completamente al aire; el pulso era más duro y frecuente que en estado normal, había fiebre; mandé sacar al corral, cuyo recorrido hizo sobre tres pies.

Al reconocer el miembro afecto observé, que la punta del corbejón era asiento de un tumor duro y doloroso al tacto con aumento considerable de volúmen; el tendón bifémoro calcáneoideo, desde la punta del corbejón hasta que se cubre bajo los músculos isquiotiviales, se hallaba inflamado y doloroso.

Anamnésticos.—Preguntado si el animal había trabajado aquellos días, se me dijo que no sólo no había trabajado sino que tampoco había salido de su plaza hacía ya algún tiempo; que la víspera por la noche apoyaba las extremidades y se movía á uno y otro lado al hacer la cama sin que observaran novedad alguna en ella, que durante la noche no se halló soltado ni trabado y que no aciertan á qué atribuir aquel accidente.

En vista de lo manifestado por el dueño, y no hallando en la vaca señal alguna de golpe ni rozadura, indújome á creer que la causa del mal no pudo ser otra sino una distensión fuerte del corbejón y de su cuerda tendinosa, bien por una

mala postura del miembro, un susto durante la noche producido por un objeto cualquiera, levantándose súbitamente, ó bien cayéndose de culo sobre el corbejón indicado produciendo una flexión violenta.

Tratamiento.— Los repercusivos ocuparon el primer lugar aplicados sin interrupción durante cuatro días; mas viendo que nada mejoraba el animal y eran muy intensos los dolores, pues el apetito era casi nulo y considerable la fiebre, para una afección al parecer tan insignificante, recurri á los emolientes anodinos, vahos, baños y cataplasmas de malvas y beleño; se siguió con esta medicación en seis dias al cabo de los cuales vino el apetito, disminuyó algo el dolor y la fiebre era insignificante; pero el tumor de la punta del calcáneo y el engrosamiento del tendón persistían en el mismo estado, aún cuando el dolor no era tan pronunciado. Prescribí el jaboncillo amoniacal al 20 por ciento, á dar dos fricciones al día; se inflamó la parte friccionada resistiéndose á que le tocaran el animal; la cojera era intensa; al sacarle fuera para verle andar lo hacía sobre tres pies; suspendí este tratamiento al sexto día, dejándola en descanso otros seis, y en este tiempo se le fué cayendo la escara que se formó en la parte, quedando el tumor y la cojera como estaban. Apliqué después la unción fuerte con aceite de carralejas y enforvio, y pomada mercurial y de cicuta á partes iguales, repitiendo hasta concluir 140 gramos de este unguento, persistiendo igualmente la cojera y el tumor. Acordándome entonces que tenía en casa un pote de *Liporretinolado ó untura Castellanos*, se me ocurrió usar en el caso aquél; apliquéla en la forma que prescribe la instrucción, dando todo el contenido del pote en dos periodos y á los 10 días de la última se encontraba la vaca tan aliviada que apenas podía distinguirse la cojera; la cuerda tendinosa y el tumor duro del calcáneo disminuyeron de volúmen casi al normal, y en terreno llano no podía conocerse de qué pie había sido la cojera, sólo en cuesta pendiente para arriba se conocía cierta devilidad del remo la cual desapareció completamente para los 15 días.

En vista de los resultados obtenidos con esta untura, que por lo mismo que su autor es español y además veteri-

nario no está mas vulgarizado en la práctica veterinaria, recomendamos á los profesores que tengan ocasión de tratar una enfermedad, en que estén indicados los vegigatorios y resolutivos, no dejen de ensayar la untura Castellanos, pues del resultado de los numerosos experimentos, es como se sienta un juicio racional y decisivo sobre la acción de un medicamento.

I. GUERRICABEITIA.

Tomamos de la importante revista *El Gula de la salud* que ve la luz quincenalmente en Sevilla, bajo la dirección del Dr. D. Juan Fernández-Ballesteros lo que sigue:

La Ciencia en todas partes.

*Decadencia de la Cirujía.—Las infecciones y la Dosimetría.—
La sugestión en estado de vigilia.*

El movimiento que el progreso viene verificando en la humanidad es maravilloso.

A medida que la civilización es más perfecta, va desapareciendo como por encanto los medios cruentos en todas las esferas.

No hace mucho tiempo que las operaciones quirúrgicas eran horribles: hoy se verifican con suma facilidad, sin efusión apenas de sangre y sin dolores.

Pero no ha parado aquí el progreso; la electricidad viene á sustituir las operaciones quirúrgicas, por su poder de vivificar y destruir, de fortificar y disgregar en el mismo organismo, cuyo problema ha resuelto de una manera cierta, absoluta y definitiva.

Hoy los médicos restituyen el movimiento á los paralíticos, el andar á los atáxicos, subyugan los sistemas nerviosos más desequilibrados, vencen las más terribles diátesis; las manifestaciones artríticas más marcadas, con el auxilio de la metaloterapia y de la electroterapia.

«En Febrero de 1887—dice el doctor Montplaisir—lleva-
ron al Instituto dinamodérmico una mujer de 26 años afec-
tada de una anquilosis completa en la rodilla derecha y
atrofia de la pierna. Los cirujanos más eminentes de Paris
habían prescrito la operación de aquel miembro *muerto*.»

En aquel tiempo el doctor Montplaisir publicó en una re-
vista el resultado satisfactorio de sus experimentos; y alguien,
queriendo ponerlo á prueba, envióle la enferma.

«La recibí con gran placer—dice el referido doctor—y.....
hoy, merced á la dinamodermia, anda como todo el mundo,
con su pierna fuerte, sana y desanquilosada. ¡Vive!

Hay millares de testigos que la han visto, y los cirujanos
que deseaban cortarle la pierna podrían también atestiguar
el caso si les pidiésemos ese favor.»

Además, este mismo agente que restituye la fuerza, la
energía, la motilidad y la contractilidad, que deshace las ad-
herencias óseas, que vence la artritis, ese mismo agente dis-
grega, desorganiza, disuelve y aniquila los tumores, fibromas
y fibromyomas, que la Cirugía estirpa con el bisturí, abriendo
camino á través de las redes más susceptibles de arterias,
venas, nervios y todas cuantas afinidades mórbidas existen
en la obra de la Naturaleza!

Apesar de la pericia, grande sin duda en muchos cirujanos
y de los modernos adelantos, la mortalidad debida á las ope-
raciones es respetable.

Ya no es necesario recurrir á los medios problemáticos de
la Cirugía. Dejemos la antisepsia sólo para los accidentes,
para las contusiones y golpes, para todo y cualquier trauma-
tismo de que resulte solución de continuidad.

El arma moderna poderosa es la electrolisis, que pasa por
el tejido cutáneo y va directamente al punto donde se dirige,
con la misma exactitud que un geómetra tira una perpendi-
cular en un plano.

«La práctica electrolítica que el Instituto preconiza en este
momento—dice el doctor Montplaisir—es la que en más de
un año no ha faltado una sola vez, no ha causado un minuto
de fiebre, una inflamación, nada absolutamente que pueda
justificar la idea del provervio: *La excepción confirma la regla*.

No ha habido excepción; cien mujeres han sido curadas de tumores fibrosos, sin que ninguna de ella diga otra cosa sino que fué un verdadero milagro. Nos han enviado verdaderos moribundos, abandonados por la Cirugía, y todos recuperaron la salud. Y esto sin desgarrar los órganos: sólo con la aplicación de la electrolisis dinamodérmica.»

J. P.

Según Bergmann, en las enfermedades infecciosas agudas que se señalan por la vegetación de bacterias en la sangre, como en el carbunco, la fiebre recurrente, la tuberculosis aguda, etc., hay una relación particular entre las bacterias y los glóbulos blancos de la sangre: aquellas penetran en estos últimos, se multiplican y determinan la desagregación de los leucocitos y su disolución. Esta disolución explica los signos comunes de la infección por los micro-organismos que vegetan en la sangre y la intoxicación por ciertos fermentos, como la pepsina, la tripsina y la sepsina: una fiebre tifoidea típica, la tumefacción de los órganos hematopoyéticos del bazo y de los ganglios linfáticos, la coloración icterica de la piel, las alteraciones gastro-intestinales y la debilidad cardiaca que se presenta rápidamente, estos signos, así como los síntomas nerviosos, son precisamente los que se miran como patognómicos en las enfermedades infecciosas agudas.

Sin embargo, los médicos que se apresuran á curar las enfermedades infecciosas con los antisépticos exclusivamente, sufren de continuo los más graves desengaños.

Racional y bueno que se trate de combatir la *causa* de la infección; pero como el organismo humano no es una *placa de cultivo*, en la que pueden destruirse las bacterias sin otras consecuencias, resulta que los antisépticos, por regla general, cuanto más poderosos, al par que matan los microbios suelen matar también al enfermo, si no procura el médico conservar las fuerzas vitales, que son las que más poderosamente influyen en contrarrestar las fuerzas morbosas.

Los microbios viven y se multiplican apropiándose la energía de los organismos debilitados; por el contrario, su-

cumben en aquellos organismos cuya robustez es suficiente á resistir su invasión, sin cederles su fuerza vital.

Las enfermedades no son mas que el resultado de la lucha por la existencia, en la que vence siempre el más fuerte.

Por esto la *Dosimetría* ataca á la *causa* y á sus *efectos*; sus medicamentos son excitantes vitales y parasiticidas al mismo tiempo; con tales armas el médico libra la batalla á los micro-organismos infecciosos, con la seguridad de la victoria.

En el terreno *vitalista* es donde únicamente los médicos pueden obtener triunfos completos y satisfactorios.

DR. J. FERNÁNDEZ-BALLESTEROS.



¡SENSIBLE PÉRDIDA!

Es verdaderamente la de nuestro especial amigo.

EL FARMACÉUTICO

DON LORENZO BONETA,

(Q. E. P. D.)

falleció en Guernica el día 8 de Junio de 1890.

El malogrado, después de grandes contratiempos y no pocos disgustos, abrió una lindísima Botica en aquella villa á primeros del año actual, y cuando todo le sonreía, debido á su afable trato y extremada honradez, ha venido la muerte á cubrir con su negro sudario tanta felicidad.

La redacción de la GUÍA DEL VETERINARIO PRÁCTICO, se asocia al profundísimo dolor que lacera el corozón de su atribulada esposa, madre y hermano, y confía en Dios Nuestro Señor le habrá acogido en la mansión de los justos.